

tercos, y permanecerán mejor en su estado natural. No tanto se quiebran los niños porque los dejen llorar, cuanto por el ansia de hacerlos callar; la prueba es que los niños mas abandonados están menos expuestos á quebrarse que los otros. Muy lejos estoy de pretender que se descuiden; al contrario, conviene preveer sus necesidades y no dejar que sus gritos nos adviertan de ellas; pero tampoco quiero que los cuidados que se tomen con ellos sean mal combinados. ¿Por qué han de dejar de llorar así que ven que con su llanto logran tantas cosas? Instruidos del aprecio que se hace de su silencio, buen cuidado tienen de no prodigarle. Al fin, tanto valor le dan, que no es dable pagársele; y entonces, al llorar sin fruto, se esfuerzan, se apuran, y se matan.

Los porfiados llantos de un niño que no está atado ni achacoso, y á quien nada le falte, son llantos de hábito y obstinacion; no son efecto de la naturaleza, sino de la nodriza, que por no saber tolerar su importunidad la multiplica, sin pensar que haciendo que el niño calle hoy, le excita á que mañana llore mas. El único medio de sanar ó precaver este hábito, es no hacer caso del llanto. Nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun las criaturas, que son, si, tenaces en sus tentativas; pero si tenemos mas constancia nosotros que terquedad ellas, se cansan y no vuelven á empezar. Así se les ahorran lágrimas y se acostumbran á no verterlas, cuando el dolor no se las causa.

En cuanto á lo demás, cuando lloran por manía ó por obstinacion, el mejor medio de acallarlas es distraerlas con algun objeto vistoso y agradable que haga se olviden de que querian llorar. En esto son aventajadas la mayor parte de las nodrizas, y usado á tiempo es utilísimo; pero importa sobremanera que no penetre el niño la intencion de distraerle, y que se divierta sin creer que piensan en él; sobre este segundo punto están muy torpes las nodrizas.

Se destetan antes de tiempo los niños. La época en que deben ser destetados la indica la salida de los dientes, y esta por lo comun es lenta y dolorosa. Por un instinto maquinal mete entonces el niño en la boca

cuanto agarra para mascarlo, y creen que se facilita esta operacion, dándole por juguete un cuerpo duro, como marfil ó un diente de lobo. Lo creo una equivocacion. Los cuerpos duros aplicados á las encias, lejos de ablandarlas las tornan callosas, las endurecen y preparan una ruptura mas dolorosa y dificil. Tomemos siempre ejemplo del instinto. Vemos que los perrillos no ejercitan sus dientes nacies en pedernales, en hierro ó en huesos, sino en madera, en cuero, en trapos, en materias blandas que ceden, y donde hace impresion el diente.

No sabemos gastar sencillez en nada, ni aun para los niños. Cascabeles de oro y plata, corales, cristales de facetas, juguetes de todo valor y todas clases: ¡cuánto atavio inútil y pernicioso! Nada de eso. Fuera los cascabeles, fuera los juguetes; unos ramitos de árbol con sus hojas y su fruta; una cabeza de adormidera en donde se oigan sonar los granos; un palo de regalíz que pueda el niño chupar y mascar, le divertirán tanto como todos esos dijes magníficos, y no tendrán el inconveniente de acostumbrarle al lujo desde que nace.

Es sabido que las gachas no son alimento muy sano. La leche cocida y la harina cruda engendran mucha saburra y conviene mal á nuestro estómago. La harina está menos cocida en las gachas que en el pan, y además no ha fermentado. Si absolutamente se quieren dar gachas al niño, conviene tostar antes un poco la harina. En mi tierra hacen así una sopa muy sana y agradable, pero la nata de arroz y la panetela me parecen mejores. Tambien el caldo de carne y la sopa son alimentos que valen poco, y han de usarse lo menos posible. Conviene que los niños se acostumbren cuanto antes á mascar, que es el verdadero modo de facilitar la denticion y cuando empiezan á tragar, los jugos salivales, mezclados con los alimentos, favorecen la digestion. Yo les haria que mascasen primero frutas secas, con cáscaras, y les daria, en vez de juguetes, mendrugos delgados y largos de pan duro, ó de bizcochos semejantes al pan de Mallorca. A puro ablandarle en la boca se tragarían un poco; insensiblemente les nacerían los dientes, y se contrarian destetados sin pensar en ello. Comunmente



los hijos de los labradores tienen muy robusto el estómago, y no los destetan de otra manera.

Desde que nacen los niños oyen hablar, y no solo les hablan antes que entiendan lo que les dicen, sino antes que puedan repetir las palabras que oyen. Inculto todavía su órgano se adapta con lentitud á la imitación de los sonidos que les dictan y tampoco está probado que estos sonidos hagan en su oído tan distinta impresión como en el nuestro. No me parece mal que divierta la nodriza al niño con coplas y cuentos alegres y muy variados, pero repruebo que sin cesar le atolondre con una multitud de palabras inútiles, de las cuales solo entiende el tono que las acompaña. Querría que las articulaciones primeras que llegaran á su oído fueran raras, fáciles, y distintas, que se le repitiesen con frecuencia, y que las palabras que expresan significasen objetos sensibles que fuera posible mostrar en el acto al niño. La malhadada facilidad que adquirimos de contentarnos con palabras que no entendemos, empieza antes de lo que se cree; y el estudiante en el aula escucha la verbosidad de su catedrático, como en mantillas escuchaba la charla de su nodriza. Me parece que sería utilísima instrucción educarle de manera que no comprendiese palabra de ella.

Agópanse las reflexiones en tropel, si uno quiere tratar de la formación de los idiomas, y de los primeros razonamientos de los niños. Sea como quisiere, siempre aprenderán á hablar del mismo modo, y en esto todas las especulaciones filosóficas son absolutamente inútiles.

Primero poseen, por decirlo así, una gramática peculiar á su edad, cuya sintaxis tiene reglas mas generales que la nuestra; y si la examináramos atentamente, nos asombraría la exactitud con que siguen ciertas analogías, defectuosísimas si se quiere, empero muy regulares, y que si no están admitidas es por su cacofonía, ó porque las rechaza el uso. Cierta dia oí á un padre reñir ásperamente á un hijo suyo, porque decía: *no caberemos en la sala*. Es claro que el chico seguía mejor la analogía, que nuestras gramáticas, porque si se dice *cabemos*, ¿por qué no se ha de decir *cabaremos*? Es pedantería inaguantable y trabajo supérfluo ocuparse de

enmendar á los niños todas estas faltas contra el uso, de que ellos mismos se enmiendan con el tiempo. Hablemos siempre con pureza en su presencia, hagamos que con nadie se hallen mas á gusto que con nosotros, y estemos seguros de que insensiblemente nuestro lenguaje será el dechado del suyo, sin que nunca se lo corriamos.

Pero es un abuso mucho mas importante y no menos fácil de precaver, el darse sobrada prisa á hacerlos que hablen, como si fuera de temer que no supiesen hablar por sí propios. Tan imprudente premura produce un efecto completamente opuesto al que se quiere. Los niños hablan mas tarde y con mas confusión; la mucha atención que se pone en todo cuanto dicen, los dispensa de articular bien; y como apenas se dignan abrir la boca, muchos conservan toda su vida un vicio de pronunciación y un confuso hablar, que los hace casi ininteligibles.

He vivido mucho tiempo con aldeanos, y nunca he oído cecear á ninguno. ¿De qué proviene esto? ¿Están acaso sus órganos contruidos de otro modo que los nuestros? No, pero están mas bien ejercitados. Enfrente de mi ventana hay un terrado donde se reúnen á jugar los muchachos del pueblo. Aunque bastante distantes de mí, entiendo muy bien todo cuanto dicen, y apunto á veces excelentes memorias que me sirven para esta obra. Con frecuencia se engaña mi oído acerca de su edad; oigo voces de muchachos de diez años, miro y veo la estatura y el semblante de niños de tres ó cuatro. No he sido yo solo quien he hecho esta experiencia; los de la ciudad que vienen á verme, y que consulto, incurren todos en el mismo error. Lo que á él da motivo es que hasta que tienen cinco ó seis años los niños de las grandes poblaciones, criados en casa y en el regazo del ama, no necesitan mas que gruñir entre dientes para que los entiendan. En cuanto mueven los labios, los escuchan con sumo estudio, les dictan palabras que repiten muy mal, y á fuerza de atención, estando siempre á su lado las mismas personas, adivinan mas bien lo que han querido decir, que lo que han dicho.



En el campo es muy diferente. Una aldeana no está sin cesar al lado de su hijo, y este se vé forzado á decir con mucha claridad, y en voz muy alta, lo que necesita que le entiendan. En los campos, desparramados los niños, desviados del padre, de la madre y de las demás criaturas, se ejercitan en hacer de modo que los oigan á mucha distancia, y á medir la fuerza de la voz por el intervalo que los separa de aquellos de quienes quieren ser oídos. De este modo aprende verdaderamente á pronunciar; no tartamudeando algunas vocales al oído de una ama atenta. Así cuando preguntan algo al hijo de un aldeano, puede que la vergüenza le quite responder; pero lo que diga lo dirá con claridad, mientras que es necesario que el ama sirva de intérprete al niño de la ciudad, sin lo cual no se entiende una palabra de lo que gruñe entre dientes (1).

Los niños cuando mayores deberían corregirse de este defecto en los colegios, y las niñas en los conventos, y efectivamente, unos y otros hablan en general con mas claridad que los que se han criado en casa de sus padres. Empero lo que les impide que adquirieran nunca una pronunciacion tan clara como la de los aldeanos, es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas y recitar en alta voz lo que han aprendido; porque cuando estudian, se habitúan á pronunciar mal y con negligencia. Peor es todavía cuando recitan; buscan con esfuerzo las palabras, prolongan y arrastran las sílabas; ni es posible que cuando vacila la memoria, deje de tropezar también la lengua. Así se contraen ó se conservan los vicios de pronunciación. Después veremos que Emilio no los contraerá, ó á lo menos no se los deberá á las mismas causas.

Convengo en que la plebe y los lugareños incurren

(1) No es esta una excepcion; con mucha frecuencia los niños que menos se habian hecho entender, así que alzan la voz, atolondran el mundo. Pero si fuere yo á detallar todas estas menudencias, seria nunca acabar; todo lector racional verá que derivándose el exceso y el defecto del mismo abuso, ámbos los corrige igualmente mi método. Estas dos máximas las tengo yo por inseparables: *siempre lo bastante, nunca sobrado*. Establecida la primera, la segunda es su necesaria consecuencia.

en el extremo de que casi siempre hablan mas alto de lo que es menester, que pronuncian con sobrada aspereza, tienen articulaciones toscas y violentas, y hacen una mala eleccion de términos, etc. Pero me parece este extremo mucho menos vicioso que el otro, porque como la primera ley del que habla es hacer de modo que le entiendan, no ser entendido es el mayor yerro que pueda cometer. Jactarse de no tener acento, es jactarse de quitar á las frases la gracia y energía. El acento es el alma del razonamiento, el que le da respiracion y vida. Menos miente el acento que las palabras; y acaso por eso le temen tanto las personas bien educadas. Del estilo de decirlo todo en un mismo tono ha nacido el de mofarse de otro, sin que lo conozca el burlado. Al acento proscrito se han sustituido maneras de pronunciar ridículas, afectadas, sujetas á la moda, como especialmente se notan en los jóvenes cortesanos. Esta afectacion en el habla y en el porte es causa de que en general sea tan repugnante y desagradable para las otras naciones la primera vista de un francés. En vez de acento en su habla, usa tonillo; y no es modo de que nadie se incline á su favor.

Todos estos ligeros defectos de lengua que tanto se teme que contraigan los niños, nada significan, y se precaven ó remedian con la mayor facilidad, pero los que se les dejan contraer haciendo su hablar confuso, quedo ó tímido, criticándole sin cesar el tono y deslindando todos sus vocablos, nunca se enmiendan. El hombre que aprendiere á hablar sin salir de los tocadores de las señoras, mal se hará entender al frente de un batallon, y poco respeto impondrá al pueblo en un motin. Enseñad, primero, á los niños á que hablen con los hombres, que cuando sea necesario, bien sabrán hablar con las mujeres. Criados en el campo vuestros hijos con toda la rusticidad campesina, adquiriran voz mas sonora, no contraerán el tartamudeo confuso de los niños de la ciudad, ni tampoco se les pegarán las expresiones y el tono del lugar, porque viviendo en su compañía el maestro desde su nacimiento, y mas exclusivamente de dia en dia, con la correccion de su idioma precaverá ó borrará la impresion del de los labra-



dores. Hablará Emilio su lengua con tanta correccion como yo, pero la pronunciará con mas claridad y la articulará mucho mejor.

El niño que empieza á hablar solo debe escuchar las palabras que pueda entender, y no decir mas que las que pueda articular. Los esfuerzos que hace para ello le excitan á que redoble la misma sílaba, como para ejercitarse en pronunciarla con mas claridad. Cuando empieza á balbucear, no nos afanemos mucho en adivinar lo que quiere decir: pretender que siempre le escuchan, es una especie de imperio, y el niño no debe ejercer ninguno: bástenos darle con prontitud lo necesario; á él le toca darse á entender para pedir lo que no sea. Todavía menos debemos exigir de él que hable, que bien sabrá hacerlo sin que se lo digan, así que conozca lo útil que para él es.

Cierto es que se nota en los que empiezan á hablar muy tarde que nunca lo hacen con tanta claridad como los demás; pero no se les ha quedado entorpecido el órgano por haber empezado á hablar tarde, sino que al contrario, empiezan tarde porque nacieron con el órgano torpe. Y sin eso, ¿por qué habian de hablar mas tarde que los demás? ¿Tienen acaso menos ocasiones, ó les excitan menos á ello? Muy al contrario; la inquietud que ocasiona esta tardanza, luego que la echan de ver, es causa de que se afanen mucho mas por hacerlos medio pronunciar, que á los que han articulado antes; y este mal entendido afan puede contribuir mucho á que contraigan un hablar confuso, cuando con menos precipitacion hubieran podido perfeccionarle mas.

Los niños á quienes dan mucha prisa para que hablen no tienen tiempo de aprender á pronunciar bien, ni de concebir con exactitud lo que les hacen decir: mas cuando los dejan ir á su paso, se ejercitan primero en las sílabas de pronunciacion mas fácil y juntando con ellas poco á poco algunas significaciones, que por sus ademanes entendemos, antes de recibir nuestras palabras nos dan las suyas, y eso hace que no reciban aquellas sin que antes las entiendan. Como nadie les apura para que se sirvan de ellas, empiezan observando bien la significacion que las damos, y cuando están

completamente ciertos de ella, entonces las admiten.

El mas grave mal de hacer hablar á los niños antes de tiempo, no es el que las primeras conversaciones que con ellos tengamos y las palabras primeras que digan no sean para ellos de significacion alguna, sino que tengan otra distinta que para nosotros, sin que lo conozcamos; de suerte que cuando al parecer nos responden con mucha exactitud, hablan sin entendernos y sin que les entendamos nosotros. Por lo comun se debe á semejantes equívocos la admiracion que algunas veces nos causan sus razones, porque les atribuimos ideas que no tienen. Esta falta de atencion nuestra al verdadero significado que para los niños tienen las voces de que se sirven, es, á mi parecer, la causa de sus primeros errores; errores, que aun despues de curados, influyen en la forma de su inteligencia toda su vida. Mas de una ocasion tendré en adelante de aclarar esto con ejemplos.

Redúzcase cuanto fuere posible el vocabulario del niño, que es gravísimo inconveniente que tenga mas voces que ideas, y sepa decir mas cosas de las que puede pensar. Una de las razones porque los aldeanos tienen mas exacto el entendimiento que los vecinos de las ciudades, creo es porque su diccionario es menos extenso. Tienen pocas ideas, pero las comparan muy bien.

A la par se hacen todos los primeros desarrollos de la infancia; casi á un mismo tiempo aprende el niño á hablar, á comer, á andar. Esta es propiamente la época primera de su vida. Antes no es mas de lo que era en el vientre de su madre; no tiene idea ni afecto alguno; apenas tiene sensaciones; ni aun siente su propia existencia.

*Vivis, et est vitæ nescius ipse suæ* (1).

(1) Vive, y no sabe él mismo si está en vida.